

Amarilis Indiana

Luis Enrique Tord

*Versos cansados ¿qué furor os lleva
a ser sujetos de simpleza indiana,
y a ponerlos en manos de Belardo?*

Epístola de Amarilis a Belardo

El día jueves 19 de setiembre de 1624 quedó como una fecha tristemente memorable en los anales del monasterio de Santa Clara del Cuzco pues a las seis y treinta de la tarde, a poco de anochecer, falleció la reverenda sor Dorotea de Jesús. Para la comunidad religiosa, su muerte era la desaparición temprana, a los veintinueve años, de una hermana profundamente querida a pesar de que había compartido durante sólo dos años la estricta clausura de ese cenobio, ya que había recibido los hábitos de esa orden recientemente: en octubre de 1622.

Efectivamente, sor Dorotea de Jesús había sido en el mundo doña Marfa de Rojas y Garay. Nacida en 1594 en la ciudad de León de Huánuco de los Caballeros del Perú, en el seno de una distinguida familia, sus padres habían sido don Diego de Rojas y doña Beatriz de Garay, de quienes ella y su única hermana Luisa habían quedado

huérfanas muy niñas bajo el cuidado de una tía. Vecindadas en Lima, ocuparon una gran casa en la calle de la Aloja —que más tarde se llamó de la Comedia—, donde la joven María reunía una tertulia literaria. Luego de su matrimonio, su residencia en el Cuzco y su posterior viudez había terminado sus días en ese convento de regla franciscana, fundado setenta años atrás en la Ciudad Imperial para acoger en él a religiosas profesas descendientes de conquistadores.

Durante sus años juveniles su pasión por la literatura recibió la alta protección de don Diego de Aguilar y de Córdoba, cuya presencia en las tertulias organizadas por su entusiasta pupila daba a éstas excepcional categoría. Este poeta, autor de *El Marañón* y de *La soledad entretenida*, que frisaba en 1615 los setenta años de edad, había manifestado una particular predilección por María cimentada en la común pasión por las letras. María no ocultaba su fascinación por la vigorosa personalidad de don Diego, quien, en los años en que había vivido en Huánuco, había frecuentado a los padres de su pupila en la que veía un fresco y grácil retoño de esas ilustres sangres. Este afamado escritor, de la estirpe de la esclarecida familia Fernández de Córdoba, había sido habitual familiar en la corte del virrey marqués de Montesclaros y uno de los más respetados contertulios de la Academia Antártica que este gobernante poeta reunía en palacio. Pero por sobre todas las cosas, por encima de su encanto y su excepcional erudición, María estaba deslumbrada por el hecho de que a don Diego de Aguilar lo elogiara con tan subidos términos el gran Miguel de Cervantes en su *Canto de Calope**.

Siendo huérfana, María había considerado a don Diego como su padre. Y él no dejaba de satisfacer sus pedidos, en particular en asuntos de literatura, acompañándola al corral de comedias de Santo Domingo, que quedaba a la vuelta de su casa, donde no perdía ninguna de las piezas de Lope de Vega que allí montaba la compañía de Gabriel del Río. Pero don Diego colaboraba también gustosamente para mantener en un alto nivel las tertulias de las Rojas invitando a ellas a connotados parientes

* En efecto, Miguel de Cervantes en el «Canto de Calope» del Libro sexto de su novela *La Galatea* (Alcalá de Henares, 1585), encomia a don Diego de Aguilar escribiendo que «su estilo y valor tan celebrado/ Guánuco lo dirá, pues lo ha gozados».

suyos como el poeta y licenciado don Francisco Fernández de Córdoba, que estaba por esos días componiendo su poema sobre Santa Dorotea de Alejandría —de quien eran particularmente devotas las anfitrionas—; el sonetista Fernando Alonso de Córdoba y Figueroa, que era alcalde de Lima por cuarta vez, y por cierto don Diego Dávalos y Figueroa, autor de la afamadísima *Miscelánea austral*, aparecida en Lima en 1602. Alguna vez honró aquel salón otro deudo de don Diego, el ilustre fray Diego de Córdoba y Salinas, autor de la *Crónica de la religiosísima provincia de los doce apóstoles*, hermano de fray Buenaventura de Salinas y Córdoba, que más tarde escribiría *Memorias de las historias del Nuevo Mundo*, en donde tan ardorosamente pondera y defiende a criollos e indígenas. No debo dejar de mencionar entre los contertulios distinguidos al brillante polígrafo y bibliógrafo Antonio de León Pinelo —tan amigo de Francisco Fernández de Córdoba—, y a algunos de los poetas que habían pertenecido a la Academia Antártica como Antonio Falcón, Pedro Montes de Oca y Gaspar de Villarreal.

No cabe duda de que María, con haber sido una joven hermosa y de noble linaje, pudo haber escogido un envidiable partido para casarse. Sin embargo los rasgos predominantes de su carácter explican su indecisión para tomar estado: su orgullo de casta y su sobresaliente talento. Acerca de lo primero, pertenecía por su linaje a las primeras familias del virreinato, a las fundadoras de ciudades y dominadoras de la tierra, es decir, a las que habían estado presentes de manera protagónica en acontecimientos de la conquista y poblamiento del Perú y América.

María era hija —como lo hemos dicho— de don Diego de Rojas y Pinelo. El padre de éste —el abuelo de María— había sido el capitán don Diego de Rojas, conquistador de Tucumán, vencedor en Pucará del rebelde Francisco Hernández Girón, propietario de la vasta encomienda de Huarantambo y hermano del pacificador del Cuzco, el conquistador don Gabriel de Rojas. Su mujer fue doña Ana de Pinelo, hija de Sebastián de Torres, fundador de Lima. Pero con ser ilustre la sangre paterna, la materna hundía sus raíces en los legendarios tiempos del descubrimiento pues el abuelo materno de María había sido el benemérito conquistador don Antonio de Garay, hijo primogénito y mayorazgo del adelantado de la Hispaniola y gobernador de Jamaica don Francisco de Garay, y de

doña Ana Moñiz de Perestrello, hermana de doña Felipa de Perestrello, mujer del almirante y descubridor del Nuevo Mundo don Cristóbal Colón.

Pero esa ilustre prosapia tropezaba ya a principios del siglo XVII con la soberbia y pedantería de los altos funcionarios de la corona quienes, sin haber hecho nada por ganar la tierra, se daban ínfulas de constituir el más elevado peldaño social después del virrey y su familia. Y no se diga nada de aquellos recién llegados que habían hecho fortuna en el comercio y las minas. Estos últimos eran los más intolerables, pues alardeaban de antecedentes que no tenían, pretendiendo comprar privilegios y honra con el solo poder del dinero. La familia Rojas Garay, como otras, a pesar de la preponderancia que había tenido en las primeras décadas del Virreinato, había visto mermar considerablemente sus posesiones de generación en generación hasta sufrir aquel terrible golpe de quedar huérfanas muy niñas. A la declinación de las rentas se sumó la carencia de un padre o un hermano que tomara firmemente en sus manos los intereses de la familia, los consolidara y multiplicara. En lugar de ello se vieron envueltas en las artimañas de administradores pícaros y de abogados venales que terminaron por convertir en exiguo el antiguo y considerable patrimonio familiar. La gran casa de la calle de la Aloja—situada a unos pasos del palacio virreinal, con frente a la del conquistador Aliaga—, con sus oficinas, tiendas y depósitos alquilados a diversos dependientes, sumada a las dos fincas rurales de Huánuco, proporcionaban la renta que permitía a las huérfanas un discreto pasar. La situación económica que poseían estaba pues por debajo de la que disfrutaban en la capital muchos recién llegados, que carecían de linajes preclaros, pero que habían levantado grandes casas que competían en lujo con las de la nobleza. María, orgullosa de su alcurnia y de espaldas a una situación que era de todos conocida, desdeñó a varios pretendientes con el sencillo expediente de que no eran dignos de su sangre. Ello desanimó a los partidos que había en Lima, hasta que María cumplió los veintitrés años, edad en la cual se empezaba a ser una solterona.

De su talento no digamos nada: su inteligencia e imaginación eran tan vivas que muchos lamentaban que no hubiese nacido hombre. «El hombre de la familia—decían. El que hubiese dado gran lustre a los

Rojas». Admiraba el hecho de que con el frágil apoyo de su tía y las enseñanzas de algunos preceptores hubiera llegado a dominar el latín, hasta el punto de leer en esa lengua a los clásicos, así como el italiano, el francés y el portugués, recitando en su idioma original a los grandes poetas de esas naciones. Pero, ¿cómo convivir al lado de quien mostraba cualidades tan avasalladoras? Además, su entusiasmo por las letras parecía sustraerla de cualquier otro interés con lo cual provocaba inquietudes y dudas en los escasos pretendientes que quedaban.

Algún día María se percató de su situación. Algún día debió meditar seriamente en su futuro. Y en esa meditación debió gravitar la cotidiana circunstancia de ver a su hermana Luisa, menor que ella, y que llevaba ya cinco años de casada, jugando alegremente con sus hijos. Todos esos años había compartido la gran casa familiar con aquel matrimonio que era verdaderamente feliz. Y no podía ser para menos pues su cuñado, el mariscal de campo Luis Blásquez de Valverde, era un auténtico caballero. Y un hidalgo de tanto lustre y antigüedad en la tierra como los Rojas, pues era nieto del doctor Juan Blásquez, teniente gobernador de Lima cuando fue asesinado el marqués don Francisco Pizarro en junio de 1541. Era por consiguiente nieto de la esposa de don Juan, doña María de Valverde, hermana de fray Vicente de Valverde, protagonista de primera línea en la captura del emperador Atahualpa en Cajamarca y primer obispo de la inmensa diócesis de Cuzco. Por las venas de su cuñado corría entonces la historia heroica de los primeros años de la conquista.

Pero lo que no tenía cómo agradecerle María a su cuñado era que hubiese incorporado en la familia a su admirado Diego de Aguilar y de Córdoba, que era abuelo de su medio hermano don Juan Blásquez de Valverde y Aguilar y de Córdoba. Este era vástago de Juliana de Aguilar —penúltima hija del poeta—, huanuqueño como María y Luisa, y prestigioso catedrático de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos. Había pues heredado el amor a las letras de su ilustre abuelo y se sentía afín a las hermanas Rojas no sólo por las comunes aficiones literarias sino por ser paisano de ellas y sucesor de una tradicional vinculación entre ambas familias.

Para María eran hitos célebres de su vida las tertulias en que habían

coincidió los Fernández de Córdoba, prestigioso clan andaluz que en el remoto antártico hacía brillar el alto prestigio de que gozaba en España, tanto en armas como en letras. Y no se le ocultaba a María que gran parte del atractivo de su tertulia residía precisamente en la frecuencia con que asistían a ella.

Pero las deferencias que había tenido con ella don Diego de Aguilar no se habían circunscrito a asistir a sus tertulias, acompañarla a las comedias y fomentar su pasión por la lectura, sino que, gracias a la amistad que lo vinculaba al marqués de Montesclaros, la había introducido en la corte virreinal donde María había ganado la estimación de este gobernante y el aprecio de su esposa y prima doña Ana de Mendoza, que la tenía entre sus más queridas damas de compañía. Esta misma familiaridad la había conservado María con el sucesor de Montesclaros, el virrey don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, y con su esposa y prima doña Ana de Borja. Con los dos gobernantes María no perdió ocasión para preguntar detalles acerca de la personalidad y las obras de los grandes poetas españoles, en particular de Lope de Vega, de quien Montesclaros y Esquilache eran amigos y colegas en la alta afición a la poesía y las comedias.

Pero llegó un día en que María debió enfrentarse resueltamente al destino y asumir una decisión. El hecho es que dadas las antiguas vinculaciones de su cuñado con las familias cuzqueñas en las que tenía un gran ascendiente por sus ancestros los Valverde, la casa se veía frecuentada por quienes llegaban a Lima desde la ciudad imperial proveídos de cartas de presentación ante don Luis Blásquez de Valverde, en quien confiaban para relacionarse convenientemente en la gran capital del virreinato. Algunos de ellos eran parientes lejanos a los que se invitaba a las cenas y tertulias, llegando a constituir un círculo al que se denominaba cariñosamente «montañeses». Su calidad de provincianos en la orgullosa sociedad de la Ciudad de los Reyes hacía de ellos individuos algo tímidos y retraídos; sin embargo, para nadie era desconocido que algunos de ellos constituyeran la flor y nata de la descendencia de distinguidos conquistadores que habían echado raíces en la ciudad de los incas, que se titulaba con justicia «principal cabeza de los Reinos del Perú». Y no faltaban entre esos montañeses quienes tenían en las venas

sangre real de los incas resultando por ello parientes del príncipe de Esquilache y de su esposa, pues la princesa Beatriz Clara Coya, hija y heredera del inca Sayri Tupac, casada con el capitán don Martín García de Loyola —sobrino de San Ignacio—, tenía casada a su hija, la primera marquesa de Santiago de Oropesa, con don Juan Enríquez de Borja, marqués de Alcañices, nieto de San Francisco de Borja, duque de Gandía, de quienes eran deudos, por Borja, los Esquilache. De esta forma, algunas panacas reales del Cuzco estaban relacionadas con el virrey del Perú y su consorte.

Agotadas las posibilidades en Lima de partidos adecuados para María, Luisa de Rojas, seriamente preocupada por la situación de su hermana mayor, estudió con detenimiento a los varones sin compromiso del círculo de los allegados cuzqueños de su marido. Y la verdad es que no había mucho que escoger de acuerdo a las ya tradicionales exigencias de María. Pero no había mucha duda acerca de una cuestión fácil de constatar: como iban las cosas, esos pocos pero posibles candidatos eran la última oportunidad para la desdeñosa aristócrata huanuqueña.

Fue un esfuerzo considerable el que debieron desplegar Luisa de Rojas y su marido para tejer la relación que debía llevar al altar a María con el escogido: don Gómez Ramírez de Quiñónes. Este era un hidalgo criollo correcto, digno, maduro. Camino de los cincuenta años pareció a la pareja que era lo más conveniente para una señorita que ya no tenía dieciséis. Hombre reposado, a quien no se le conocían deslices, ni esperaba mayores ilusiones de la vida, podía ofrecer una posición acomodada y respetable a quien su aspiración suprema era frecuentar a quienes amaran, como ella, la literatura. El futuro de la desposada estaría asegurado con las propiedades que aportaría al matrimonio el elegido, las cuales eran suficientes para mantener muy decorosamente el rango social de María. Esto era importante, pues lo más valioso de la dote de ella sólo era la mitad de los réditos de la casa de Aloja y los cortos censos sobre las dos fincas de Huánuco que recibían por partes iguales las hermanas. Este fue el punto decisivo, donde se hizo fuerte la posición de los Blásquez, ante la sorpresa, primero, y las objeciones de María, después. Sí, le dijeron, estaban de acuerdo en que don Gómez no era de su mismo rango, que muy lateralmente estaba vinculado con conquis-

tadores de la tierra, que había varios aspectos desiguales en la relación y que era descendiente de funcionarios respetables, pero funcionarios al fin, de la administración virreinal. Pero María tampoco debía exagerar, argumentaron los Blásquez: don Gómez no era un cualquiera ni un recién llegado pues su abuelo ya era corregidor del Cuzco en 1560, y su primer juez de naturales al año siguiente. Y había pasado por hombre probo. Y tanto, que se le había confiado la regencia de la Audiencia de los Charcas cuando ésta recién se hallaba constituida. Además, después de medio siglo, su familia estaba sólidamente relacionada y establecida en el Cuzco, y si bien en Lima no era muy conocido, no carecía de vinculaciones. ¿Y acaso los personajes que conocía no garantizaban que gozaba de buena fama por ser hombre honorable y cumplidor de su palabra? Y antes que María esgrimiera las objeciones que en ocasiones similares consideraba decisivas, los Blásquez se le adelantaron: Sí, afirmaron con absoluta convicción, para don Gómez será un honor, un extraordinario honor que tú le concedas tu mano. Es cierto. Y es verdad que en esta ciudad, en Trujillo, en Huamanga, en Huánuco o en el Cuzco, muy pocos podrían aspirar a lo que conseguirá él. A estas alturas son contadas con los dedos de una mano las damas que reúnen tan altas calidades. Casarse y tener progenie que descienda de quienes fundaron este reino, engrandeciendo con un continente a Castilla, es una gloria única. Esa es la verdad. Pero si bien él no puede llevar a este acuerdo un rango similar, sí puede mantener tu respetabilidad.

¿Resultó convincente ese argumento? ¿Algo había madurado en ella que la hizo escuchar por primera vez la voz del sentido común? ¿Estaba quizás hastiada de que se murmurara de su estado? ¿Quién podía llegar a saber el motivo verdadero en una mujer tan compleja y brillante? Nadie supo qué meditaciones embargaron a María, ni siquiera su hermana y su cuñado, quienes fueron los primeros sorprendidos cuando al día siguiente de esta difícil conversación les dijo, sin que nadie le preguntara nada: Está bien. Don Gómez puede pedir mi mano, y ustedes, mis queridos hermanos, pueden concertar con él la fecha de la boda. Y con toda sinceridad: les agradezco profundamente lo que hacen por mí.

El matrimonio de la singular pareja se efectuó en el Sagrario de la Catedral el día 24 de mayo de 1617, y concurrieron a él, con verdadera

satisfacción, parientes, allegados y contertulios, entre los que figuraba descollantemente don Diego de Aguilar y de Córdoba. El acta matrimonial la firmaron testigos oriundos de Huánuco y del Cuzco, que sellaron así una vinculación que enlazaba familias de dos de las ciudades más importantes del Perú virreinal.

Hacia mediados de ese año de 1617 doña María y su esposo llegaron al Cuzco con una larga recua de mulas cargadas de muebles, tapices y libros que abarrotaron los numerosos ambientes de la casona ancestral de los Ramírez en la calle Pumacurco. Instalado el matrimonio se dedicó a recibir y devolver visitas, mediando algunos viajes que debió hacer don Gómez a Paucartambo para vigilar el estado de sus fincas. Salvo las tertulias de los viernes que instituyó doña María en su casa a los pocos meses de llegada, su vida transcurrió de manera apacible entre las fiestas religiosas —muy numerosas en el año— y las habituales obligaciones sociales constituidas por cenas, matrimonios y decesos. La nostalgia de sus amistades y reuniones de Lima, si bien acentuó cierto rasgo melancólico surgido desde el acontecimiento de su boda, no había menguado su vitalidad y su sostenido gusto por la lectura, aunque las adquisiciones de libros disminuyeron debido a que muy eventualmente llegaban a la ciudad. Este aislamiento lo compensó doña María intensificando su correspondencia en la que pedía afanosamente noticias y el envío de novedades literarias entre las que insistía que figuraran comentarios a las comedias que se representaban en el corral de Santo Domingo, en particular las de Lope de Vega.

Pero esta existencia apacible y retraída fue abruptamente conmovida por un trágico suceso: en uno de los periódicos viajes que efectuaba don Gómez a sus propiedades de Paucartambo sufrió una aparatosa caída de su cabalgadura de resultas de la cual, y luego de dos días de dolorosa agonía, falleció. Este dramático acontecimiento sacudió a la sociedad cuzqueña que tenía particular estimación por quien pertenecía a una familia respetable, que dejaba luego de sólo tres años de matrimonio a una viuda joven en la cual no había tenido descendencia.

Durante el sepelio María vio pasar, como si fuese un sueño, su boda en Lima y los tres años del Cuzco. Y allí se hallaba, frente a ese catafalco negro, rodeada de una sociedad que apenas conocía y que, en verdad, le

era extraña. Sola, como había estado todo ese tiempo a pesar de su matrimonio. Sola, una vez más, como había sido su sino desde niña cuando quedó huérfana de sus padres. El Cuzco le pareció ese día del entierro más deprimente, dramático y frío que nunca. Luego de la despedida, de los pésames, y oscurecida por el crepúsculo la casona de Pumacurco, que seguía oliendo a flores funerarias, María sintió que su destino era estar sola, y que debía estarlo de una vez por todas, resueltamente.

Nunca quedó claro por qué, pero la decisión final la demoró mucho más de lo que había pensado, pues fue solamente después de dos años de viudez, en octubre de 1622, que resolvió profesar de religiosa de clausura en el convento de Santa Clara, que semanas atrás se había trasladado a su nuevo edificio de la Alameda de San Pedro.

Y es aquí que se inicia la fase postrera de su existencia, que es donde se revela una incógnita que había permanecido sin solución durante cuatrocientos años. Pero esta fase final no es consecuencia de la investigación biográfica que había realizado, mediante la cual pretendí reconstruir los sucesos más significativos de la vida de María. No. Esta etapa extraordinaria está constituida por la escueta, por la capital confidencia que la religiosa sor Dorotea de Jesús —nuestra María de Rojas y Garay— hizo antes de fallecer a la abadesa de las clarisas cuzqueñas. Y tal como se lee en el documento en cuestión, esta confidencia ha dejado de serlo pues en ella se explicita que lo que ahí se revela podía darse a luz cien años después de su deceso. Sin embargo, por haber estado este legajo en una casa de clausura, nadie había tenido ocasión de leerlo.

Por otro lado, considero que el plazo que fijó para que pudiera ser conocido, fue excesivo. Pero lo comprendo, pues además del femenino pudor que debió embargarla como religiosa de clausura, sinceramente entregada a Cristo, sospecho que guardaba María un resto de orgullo aristocrático que la llevó a evitar que su descendencia inmediata —sobrinos, sobrinos nietos— se enterara de sus más profundos sentimientos y de los pormenores de una aventura espiritual que hoy nos conmueve por su ingenua grandeza. Pero dejemos estas consideraciones para alimento de los cruidos y transcribamos ese excepcional y apasionante testimonio que da una luz definitiva acerca de un enigma literario que

suscitó búsquedas e interpretaciones de plumas tan prestigiosas como imaginativas. He aquí el escrito textual dictado a la madre abadesa de Santa Clara del Cuzco por sor Dorotea de Jesús, tres días antes de fallecer:

«Martes 17 de setiembre de 1624.

Luego que la comunidad rezara las oraciones del angelus fui llamada a pedido de nuestra amada hermana en el Señor, sor Dorotea de Jesús, a la celda de la enfermería donde se le cuida con extremado esmero del grave mal que la aflige. Sobreponiéndose ejemplar y cristianamente a sus dolores me rogó de manera muy especial que escuchara y escribiera una confidencia que deseaba hacer a solas conmigo antes de que el Señor sea servido de llevársela de este mundo. Como a voluntad postrera de un siervo que está por entregarle su alma a Dios, cumplí humildemente con este deber, haciendo traslado textual de lo que oí, que es lo que sigue:

Esta esclava de la Divina Providencia, que fue en el mundo María de Rojas y Garay, ha guardado hasta hoy un secreto que debe confesar: que tuve por único e imposible amor al más grande poeta de España. Que esa pasión, con haber sido irrealizable, debido a mi juventud y a la inmensa distancia que me separaba de él, inflamó mi alma hasta convertirse en el centro de atención de mi vida. Nunca nadie supo de este profundo sentimiento. A nadie hice nunca confidente de él. Esta extraña situación profundizó con el tiempo mi soledad hasta parecerme imposible interesarme por ningún otro hombre. Para estar cerca de él conseguí con paciencia y esfuerzo sus obras que aparecían frecuentemente en España pero que llegaban con desesperante lentitud a América. Me consideré siempre muy afortunada de que a pocos pasos de mi casa de Lima se representaran sus comedias, y que a ellas pudiera asistir acompañada por el gran escritor don Diego de Aguilar. Don Diego fue un verdadero padre para mí pues me estimuló en mi amor por la literatura, me ayudó grandemente en las tertulias que organicé en casa, presentándome en la ciudad y en palacio a quienes se dedicaban con entusiasmo y talento a las letras. Pero los años pasaban y no parecía a nadie razonable que siguiese tan embelesada en la poesía como preocupada de mi futuro. Asediada por mis familiares —a quienes comprendí perfectamente, pues su preocupación por mi destino era

consecuencia de su profundo afecto— llegué a una edad en que debía adoptar una resolución. No sé si resignadamente, o porque sentía cierto hartazgo, el hecho es que cedí con facilidad a la oportunidad que me ofrecieron, y como en una nebulosa me vi comprometida y casada. Casada con alguien que tenía aproximadamente la misma edad de mi poeta... lo cual era por cierto la única similitud entre los dos. Y creí que este nuevo estado eliminaría aquel otro sentimiento que ya duraba no menos de ocho años desde la fecha en que leí por primera vez sus obras. Sin embargo no fue así: el amor, la pasión que sentía por aquel genio remoto siguió incólume. Más aún: los hábitos y los actos prosaicos del matrimonio habían acrecentado mi ilusión por ver, por conocer, por confesarle personalmente mi admiración a aquel del que de ninguna manera podía yo concebir que se rebajara al tedio marital. Esto podrá parecer cruel —y creo que es lo más duro y triste de mi confesión— pero con haber sido un hombre honrado y servicial, nunca quise a mi esposo. Y no lo quise por defectos que le encontrara, o porque no lo merecía. Todo lo contrario. No le quería porque mi corazón estaba en otro lado. Porque mis sentimientos de amor eran prenda inajenable que atesoraba para aquel imposible.

Podrá parecer intolerable lo que diré, pero esta es una confesión y debe ser sincera: La muerte accidental de mi esposo fue para mí una liberación. El no llegó a conocer nunca mis sentimientos. Ni siquiera a sospecharlos. ¿Quién sospecharía de un amor tan inverosímil? ¿Quién imaginaría siquiera que fuera real una posibilidad fantástica como esa? Pero a mí me ocurría. Y yo no era dueña de mí misma. ¿Quién en su sano juicio no pretendería zafarse de una atadura que es un yugo incomprensible? Sí. Yo fui consciente de ello. Pero tan impotente como consciente.

¿Y cómo explicarse que cada línea que yo leía de sus poesías me provocaba un renovado asombro, un estupor? ¿Quién comprendería que alguien podría ver una y otra vez sus magistrales comedias sin fatigarse? Inclusive llegué hasta la temeridad de acercarme a aquel actor, Diego Díaz, marido de la actriz Micaela Luján, sólo por estar cerca de quien había estado alguna vez con él, aunque su esposa, la Luján, pasara por amante del que yo quería.

Sí. Yo lo intenté todo. Hasta creo que fui impertinente con el

marqués de Montesclaros y con el príncipe de Esquilache, preguntándoles por él, y envidiándoles silenciosamente por ser ellos amigos suyos y haber compartido su mesa. E inclusive acosé por noticias a Gabriel del Rfo, director de la compañía que ponía sus comedias y que lo había conocido en Madrid. Creo que con tenacidad y paciencia logré recoger discretamente todas las noticias que pude de los habitantes de Lima que lo habían tratado. Sólo me faltó, para completar mi locura, abandonar a mi familia y embarcarme rumbo a España.

Pero ya que no pude, o no me atreví a realizar mi pretensión de ir en su busca, resolví hacerle llegar un poema. Un poema en que le proclamara mi amor y admiración. Así lo hice. Y nadie lo supo, pues conseguí que aquella correspondencia lacrada la llevara a Madrid un correo del marqués de Montesclaros instruido para que, llegado a la corte, pusiera en propias manos del gran Lope de Vega aquellos versos que firmé como Amarilis, a él, a quien se los dediqué como a Belardo.

Aún recuerdo la emoción con que pergeñé aquellos endecasílabos que dicen:

“El sustentarse amor sin esperanza
es fineza tan rara, que quisiera
saber si en algún pecho se ha hallado,
que las más veces la desconfianza
amortigua la llama que pudiera
obligar con amar lo descado...”

O las lágrimas que me brotaron cuando le canté desde el apasionado silencio de mis veinte años:

“Al fin en éste, donde el Sur me esconde,
oí, Belardo, tus conceptos bellos,
tu dulzura y estilo milagroso;
vi con cuánto favor te corresponde
el que vio de su Dafne los cabellos
trocados en su daño en lauro umbroso
y admirando tu ingenio portentoso,
no puedo reportarme

de descubrirme a ti, y a mí dañarme.
Mas ¿qué daño podrá nadie hacerme
que tu valer no pueda defenderme?..."

Tan apasionados fueron mis elogios a tan elevada pluma como emocionada la descripción que le hice de algunos pasajes de mi vida en aquellos versos que empiezan diciendo:

"Quiero, pues, comenzar a darte cuenta
de mis padres y patria y de mi estado
porque sepas quién te ama y quién te escribe
bien que ya la memoria me atormenta
renovando el dolor, que aunque llorado,
está presente y en el alma vive..."

Y ardida en ese fuego interior que me consumía escribí:

"Oí tu voz, Belardo: mas ¿qué digo?
no Belardo, milagro han de llamarte,
éste es tu nombre, el cielo te lo ha dado,
y Amor, que nunca tuvo paz conmigo,
te me representó parte por parte,
en ti más que en sus fuerzas confiado..."

Aquella misiva con mi poema debió recibirla a mediados de 1615. Nunca supe nada más, y no tenía por qué saberlo pues él no tenía rastro alguno para conocer quién se lo enviaba. Pasaron los años, casé, enviudé y me reclusé, una vez más, en mi soledad. Meses después, indecisa entre retornar a Lima o quedarme en el Cuzco, me ocurrió un suceso que me trastornó, inflamando los rescoldos de esa antigua hoguera: me llegó inesperadamente a las manos su libro más reciente, *La Filomena*, y dentro de él, en los prolegómenos... ¡el poema que le enviara siete años atrás! Y por si esto fuera poco le seguía una hermosa, una sentida, una extensa respuesta que titulaba *¡Belardo a Amarilis!*

Me quedé anonadada. Recuerdo que vagué como atontada, tratando de dominarme y tomar conciencia de un acontecimiento tan extraor-

dinario. De un suceso tan feliz como doloroso pues era a la vez la respuesta adorada y la temida despedida. Todo ello intrincadamente anudado en esos versos serenos pero distantes, gentiles, dichosos, adorables, pero lejanos y otoñales. Y con esas turbadoras emociones y sentimientos inefables que me sacudían se entremezclaban las imágenes del pasado de esa joven soñadora que había sido (¿que aún era?), que había corrido, que había volado tras el poeta imposible. Tras aquel mismo poeta que ahora sí, tan posiblemente, le hacía llegar a ella esa poética declaración, esa confesión a una persona desconocida de él, pero amada, ¡al fin!, por él. Y que recibía de pronto estos ansiados cantos, sin anuncio previo, como un relámpago enceguecedor caído en una ciudad remota, pétrea, tan próxima del cielo. Esas emociones confusas eran la urdimbre donde se hilaban sus bellos versos:

“Ahora creo, y en razón lo fundo,
Amarilis Indiana, que estoy muerto
pues que vos me escribís del otro mundo...”

Y aquellos otros tan gentiles como inmerecidos:

“Yo no lo niego, ingenios tiene España,
libros dirán lo que su Musa luce,
y en propia Rima, imitación extraña.
Mas los que el Clima Antártico produce
sutiles son, notables son en todo,
lisonja aquí, ni emulación me induce.
Apenas de escribiros hallo el modo,
si bien me lo enseñáis en vuestros versos,
a cuyo dulce estilo me acomodo...”

Pero la cima de esta belleza, que fue para mi alma la culminación triunfante de una cita que esperé por años con dulce ansiedad, me la hacía llegar en estas líneas delicadas:

“Del alma que os adora sé deciros,
que es gran tercera la divina fama,

por imposible me costáis suspiros.
Amo naturalmente a quien me ama,
y no sé aborrecer quien me aborrece,
que a la naturaleza el odio infama.
Yo os amo justamente, y tanto crece
mi amor, cuanto en mi idea os imagino
con el valor que vuestro honor merece”.

Y esas cadencias líricas y sutiles debo agregar la emoción que sentí al leer la confesión autobiográfica que me hacía a lo largo del poema. De inmediato aprehendí que había querido ser conmigo profundamente sincero, pues dice allí confidencias que no escribe en lugar alguno de su oceánica obra. Y él mismo lo destaca.

“De mi vida, Amarilis, os he escrito
lo que nunca pensé, mirad si os quiero
pues tantas libertades me permito...”

Pienso ahora con tristeza cómo no llegué a escribir lo que en las últimas líneas me sugería: que cantara a Santa Dorotea –asunto que yo le había pedido en mi poema que él hiciera–, y lo que me invitó a escribir en el terceto y cuarteto finales:

“Honrad la patria vuestra propagando
de tan heroicos padres la memoria
su valor generoso eternizando.
Pues lo que con la espada su victoria
ganó a su sangre, vos en dulce suma,
coronando laurel de mayor gloria,
dos mundos de Felipe vuestra pluma”.

Luego que leí una y mil veces esta respuesta, arrebatada por profundas impresiones, comprendí que una misteriosa rueda interior había concluido una vuelta completa dentro de mi alma. Que un ciclo se había cerrado. Que ya no podía ni debía seguir vagando desorientada por el mundo. Que no sólo debía sepultar definitivamente a Amarilis sino

también a María de Rojas y Garay. Que las dos, cada cual a su manera, habían vivido tras de fantasmas, tras de imágenes irreales. Una en la fantasía, la otra en el mundo. Y las dos atrapadas, paralizadas, incendiadas en su propia, en su esférica soledad.

Y fueron las campanas de la torre de este convento las que me despertaron. Las que con claro y persistente mensaje me señalaron el camino: más allá de la penumbra, más allá de las sombras de una magnífica pero inasible ilusión, está la firme, la luminosa trascendencia. Me percaté entonces de que ya estaba verdaderamente sola. Por primera vez en mi vida. Y que era a mí a quien tocaba dar el gran paso, el siguiente gran paso. Y no podía, no debía equivocarme.

Usted misma, amadísima madre abadesa, me abrió las puertas de esta casa hace dos años. Pero la pecadora que aquí ingresó no estaba del todo limpia. Aún yacía dentro de ella el débil latido de una pasión. Y ahora, sólo ahora, en este instante, creo que soy parte de esta santa comunidad, y una auténtica esposa de Dios. Ruego a usted, madre mía, que nadie conozca esta confesión, y que de preservarse no se lea antes que transcurran cien años de mi deceso. Son demasiados años, es cierto, pero serán suficientes para que nadie se acuerde de mí.

Ruego a usted, madre amada, su bendición, y en nombre de Cristo, su perdón».